

APUNTES SOBRE LA VIDA DEL OBISPO REBELDE DE TAMAULIPAS

Eduardo Sánchez Camacho



COLECCIÓN
MONTES ALTOS 

APUNTES SOBRE LA VIDA
DEL OBISPO
REBELDE DE TAMAULIPAS

COLECCIÓN 
MONTES ALTOS

APUNTES SOBRE LA VIDA
DEL OBISPO
REBELDE DE TAMAULIPAS

Eduardo Sánchez Camacho



Apuntes sobre la vida del obispo rebelde de Tamaulipas

Eduardo Sánchez Camacho

Primera edición 2013

ISBN: 978-607-8222-52-0

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Ing. Egidio Torre Cantú

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Mtra. Libertad García Cabriales

Directora General del Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

Derechos exclusivos de la presente edición
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)

Calle Francisco I. Madero N° 225, Zona Centro

Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)

Teléfono ITCA: (01-834) 1534312 Ext. 101

Teléfonos Dirección de Publicaciones: (01-834) 3181005 al 09

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

*Consolación de la brevedad de la vida es la historia,
a ella ni el espacio ni el tiempo la limitan.*

Juan de Torquemada

Miguel León Portilla afirmaba que la verdadera historia siempre es búsqueda de significados. Al investigar el pasado tomamos conciencia de que no es algo estático, sino fuerzas en movimiento, memoria que podemos crear y re-crear, darle aliento de vida.

La colección *Montes Altos* del *Fondo Editorial Tamaulipas* busca a través de narraciones, investigaciones y documentos históricos, poner en el centro a la historia regional: nuestra historia. Desde las múltiples miradas de sus autores, Tamaulipas muestra su fascinante diversidad en estos textos que tejen los hilos de nuestra memoria colectiva para conocernos y reconocernos, al tiempo que reafirmamos lo que nos identifica y lo que nos distingue.

Estos libros, al establecer un diálogo desde el presente con el pasado, contribuyen a explicar, a comprender, la actualidad y sus claroscuros. Letras, que como pequeñas piezas, se van integrando para edificar historias que nos permiten también valorar la importancia de los logros de nuestros antepasados. Historias heroicas que hacen justicia a los que nos precedieron y buscan favorecer la forja de tamaulipecos comprometidos y sensibles.

Porque reconocemos que “el quehacer histórico puede dar lugar a diversas formas de grandeza”, la colección *Montes Altos* nos revela acontecimientos que se significan

en nuestra *altiva y heroica* tierra a través de ejemplos entrañables. Hombres y mujeres, quienes con sus potencias y sus carencias, edificaron el Tamaulipas que habitamos. Historias que nos dotan de sentido y nos comprometen a fundar espacios sociales que animen la conversación, la solidaridad y el diálogo.

Crear, discutir, significar. Todo eso y más podemos con la historia: construir un Tamaulipas fuerte para todos.

Libertad García Cabriales

Directora General

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

PRESENTACIÓN

Eduardo Sánchez Camacho, originario de Hermosillo, Sonora, fue nombrado obispo de la diócesis de Tamaulipas en 1881. Desde entonces se dedicó a realizar una profunda actividad pastoral entre los feligreses de este territorio. Celebró los primeros Sínodos Diocesanos (1882, 1883 y 1885); implantó el catecismo breve; creó el Seminario Conciliar; ordenó más de veinticinco sacerdotes y contribuyó con un terreno para la erección del Santuario de la Virgen de Guadalupe en Ciudad Victoria.

Recién asumió la vocación sacerdotal le tocó vivir, en su terruño natal y otras poblaciones del noreste y occidente mexicano, la incertidumbre provocada durante la Guerra de Intervención Francesa. Incluso estuvo cerca del movimiento guerrillero contra los extranjeros, quienes trataban de poseionarse de Guaymas, Culiacán y Guadalajara.

Hombre de inteligencia excepcional, dominaba a la perfección los idiomas inglés, italiano, latín, español y griego; además de sus conocimientos sobre literatura clásica. Al llegar a la capital tamaulipeca, estas aptitudes atrajeron la atención de numerosos fieles y de las familias más pudientes de la localidad, quienes lo apoyaron en todas las obras que emprendía.

Sin embargo, la historia lo recuerda con mayor énfasis por su actitud radical hacia la coronación de la guadalupana durante el porfiriato. En 1896, dicha postura derivó en una serie de planteamientos de carácter teológico, en los que

ventilaba su negativa a las apariciones de la virgen en el Cerro del Tepeyac. Con ello, destruía una acendrada tradición hacia el culto guadalupano, establecido siglos atrás por la jerarquía católica. Enterados del acontecimiento, los masones experimentaron un especial afecto hacia su disidencia religiosa. Se definía “violento como un fósforo, violento más que una piedra y fuerte como un ciclón. Vivo aislado y casi solo para que mi carácter no ofenda a nadie.”

La audacia de poner a prueba la fe sobre dicho acontecimiento sobrenatural, nos recuerda también a fray Servando Teresa de Mier y Joaquín García Icazbalceta, quienes pusieron en duda el asunto de las apariciones guadalupanas. Años más tarde, el abad de la basílica, monseñor Guillermo Schulemburg, se sumó a la opinión de estos tres personajes, al declarar que no existían evidencias sobre la vida de Juan Diego. Por este motivo fue retirado del cargo y enclaustrado en una casa de retiro.

El Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes publicará en breve un folleto donde se describe ampliamente, con datos novedosos, la biografía del ilustre presbítero. En el 2005, durante un encuentro que tuve con el licenciado John Haller, en su residencia denominada La Quinta del Olvido, me facilitó una copia del documento. Además, conserva en un baúl de madera, algunos objetos particulares del controvertido personaje.

El texto mecanografiado de 26 cuartillas, se conservaba inédito hace más de un siglo. No se menciona autor, fecha ni lugar de su redacción. Probablemente fue escrito a mano, por algún sacerdote perteneciente a su diócesis, o dictado en 1884 por el mismo Sánchez Camacho a alguien de su confianza. Dicho sea de paso, el prelado escribió los

opúsculos: *El Obispo de Tamaulipas y La Coronación y Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe* (1888) y *Ecos de La Quinta del Olvido* (1906), lugar donde residió hasta su muerte en 1920.

En él destaca con cierta amargura algunas opiniones de su desafortunada presencia en la capital tamaulipeca. Llegó procedente de Guadalajara, Jalisco, donde gozaba de enorme prestigio: “Vine de obispo a Tamaulipas y aquí se eclipsó mi estrella. No creía ni creo en la aparición de la llamada Virgen María en el Tepeyac... jamás apoyé ni protegí a un clérigo indigno; y cuando fui obispo, perseguí a los clérigos hipócritas, a los inmorales e indignos, como al criminal más vulgar, sin creer ni sostener el falso principio de que son ungidos del Señor, y de que por eso, nadie puede castigarlos ni tocarlos siquiera.”

Previendo el final de su vida, Sánchez Camacho preparó lo correspondiente para su funeral, al adquirir un féretro que guardaba en una habitación de La Quinta del Olvido, actualmente oficinas del IFE. Fue sepultado en el cementerio del cero Morelos, en Ciudad Victoria. Sus restos permanecieron en ese sitio hasta mediados de la década de los setenta. Por esos años fueron exhumados y su familia los trasladó a Hermosillo, Sonora.

Por tratarse de una fuente reveladora sobre su trayectoria, evidentemente relacionada con la historia de la iglesia católica en nuestra entidad, consideramos importante darlo a conocer a través de la colección Montes Altos, del Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes.

Francisco Ramos Aguirre

APUNTES SOBRE LA VIDA DEL OBISPO REBELDE DE TAMAULIPAS

Nació el 17 de septiembre de 1838 en la ciudad de Hermosillo, hoy capital del estado de Sonora, y fueron sus padres don Francisco Sánchez y Robles y doña Francisca Camacho y León, de familias honradas y cristianas de media fortuna. El señor Sánchez fue bautizado el 19 del mismo mes y año de su nacimiento en la parroquia de Hermosillo, con los nombres de José Ignacio Eduardo, siendo sus padrinos don Mariano Güereña y doña Ignacia Sánchez, y administrando el bautismo el bachiller don Juan Francisco Escalante, cura propio de Hermosillo y después obispo de Anastaciópolis y vicario de Baja California, el mismo que le administró el santo sacramento de la Confirmación en 1845, en virtud de delegación apostólica que entonces tuvieron algunos señores curas de Sonora, para administrar ese sacramento. Fue padrino de Confirmación don Francisco Contreras.

La muy piadosa y digna señora doña Josefa Robles, abuela paterna del señor Sánchez, lo crió a su lado y le dio una educación verdaderamente cristiana, formando su corazón en el temor a Dios y en la práctica de la oración y de la virtud.

A los ocho años de edad, el señor Sánchez perdió a su madre, quien murió el 21 de marzo de 1847; el 6 de enero de 1849 perdió a su abuelo paterno, don Melchor Sánchez, en cuya casa y familia vivía; el 8 de diciembre de ese mismo

año perdió su padre y el 1° de diciembre de 1850, perdió a la persona que más bien le había hecho y a la que más tiernamente amaba, su abuela doña Josefa Robles, quien murió de cólera. En esta ocasión nos ha contado S. S. Ilma. que sufrió mucho y que tuvo un motivo especial de gratitud a Dios Nuestro Señor, por el favor especial que le concedió.

Desde los primeros días de diciembre de 1850, se dieron en Hermosillo algunos casos de cólera, que por primera vez invadía aquella ciudad, pero el 11 de diciembre se comenzó a desarrollar de un modo espantoso, al grado de que en ese día y los ocho siguientes murieron allí unas mil doscientas personas. El 11 de diciembre a las 11 de la noche dio el cólera a la señora Robles de Sánchez, y el niño Eduardo Sánchez, que había quedado en la familia de su abuelo, como jefe de ella por ser el único varón, y que a su edad desempeñaba los negocios propios de un hombre y aun intervenía en los judiciales bajo la dirección y con las instrucciones de sus superiores naturales, tuvo que salir el 12 muy temprano a llamar al único sacerdote que había en la ciudad, que tenía quince mil habitantes, por la escasez de clero que siempre ha habido en aquella diócesis.

El niño Sánchez se dirigió a la iglesia parroquial que dista de su casa de trescientos a cuatrocientos metros, y encontró allí agrupadas unas sesenta personas que esperaban que el sacerdote terminara la misa solemne que celebraba a esa hora. El pánico que reinaba en la población, el número, edad y clase de personas que solicitaban al padre, y la justa exigencia de cada una de ellas para que su enfermo fuera luego atendido, hicieron vacilar al niño Sánchez; pero esto mismo lo alentó para poner en

práctica ciertos medios que le ocurrieron muy a propósito para mover al cura a darle preferencia: El niño Sánchez tenía muy profundamente grabado el principio de que la confesión sacramental es necesaria para morir bien y asegurar la salud eterna. Esto se lo había enseñado su abuela, a quien él amaba tiernamente y aunque ella se confesaba y comulgaba cada ocho días y aún más frecuentemente, él sentía despedazarse su alma con consideración de que fuera a morir sin el consuelo de la confesión.

Terminó al fin el cura la misa solemne el 12 de diciembre, que a todos los que le esperaban pareció eterna, y sin desayunarse salió a la plaza, muy conmovido pero lleno de celo porque era un digno sacerdote; ya sabía de lo que se trataba y luego montó en su caballo que le trajeron allí a la plaza inmediatamente y dijo: “Son muchos los que me necesitan, todos tienen derecho a mis servicios y a todos los amo igualmente, pero no es posible atender a todos a la vez, (el niño Sánchez se había colocado por delante del cura casi tocándole la ropa y le había dicho de la gravedad de su abuela); iré –continuó el cura– según la proximidad de las casas, tomando la calle principal, o si queréis echadme un lazo al cuello y llevadme así cada uno de vosotros; pero antes voy a ver a la señora Robles, abuela de este niño”. Y todo fue uno, decirlo y echar a andar violentamente hasta llegar a casa del señor Sánchez. Allí consoló brevemente a la enferma, le dio la absolución solamente y siguió en el acto, haciendo lo mismo con los demás enfermos. La señora Robles murió santamente a las doce de la noche de ese día y el padre Andrade, que así se apellidaba el cura, murió a los seis meses, del último caso de cólera que se dio entonces en Hermosillo.

El señor Sánchez aprendió las primeras letras en la escuela pública de Hermosillo, bajo la dirección sucesiva de los señores don Juan P. Robles, don Francisco Seráfico Robles, sus tíos segundos, y don José María Rubio, que lo distinguió mucho y lo puso entre los cuatro primeros alumnos de su establecimiento; después pasó a la escuela particular de don Ignacio Sandoval, que lo consideró y distinguió tanto, que lo puso en primer lugar y lo proponía por modelo de todas las virtudes a sus condiscípulos.

El señor Sánchez nos ha contado que durante el tiempo de su educación literaria primaria, sólo una cosa hizo que pueda decirse mala, aunque él cree que no lo fue, y que la hizo tan bien que debieron premiársela; sólo él la supo, hasta ahora, después que él mismo la ha referido con admiración de sus maestros y de su familia.

Dirigía la escuela don Juan P. Robles, persona distinguidísima, pariente del señor Sánchez, y muy celoso delante de sus discípulos, esto hacía que a veces se hiciera temer, y el señor Sánchez temblaba siempre que se trataba de ejercicios o aprendizaje de memoria, porque se queja de que esa facultad nunca lo ha favorecido. Se estudiaba de memoria en la escuela lo que llaman, o llamaban, tablas de multiplicación de las unidades entre sí, que debía aprenderse, como se decía entonces, “al derecho, al revés y salteado”. El señor Sánchez dice que sabía bien sus tablas, pero que se llenaba de temor luego que le preguntaban y ya no daba con bola; y como lo que merecía una equivocación era un palmetazo que luego se le aplicaba a uno sin conocimiento de causa ni forma de juicio sino de plano, resolvió la tarde del 3 de mayo de 1851, que era día de ese ejercicio, no concurrir a la escuela.

Se celebraba ese día la fiesta de la Invencción de la Santa Cruz, que se llevaba por la tarde en procesión de la parroquia a la falda del cerro de La Campana, que está a orillas de la población y se llamaba así porque sus piedras suenan como campana; allí se componía una ermita, se recibía la Santa Cruz, se terminaba el rosario que venía rezándose en la procesión, se cantaban algunas alabanzas y luego se volvía la procesión a la iglesia, cantando alabanzas; allá se fue el señor Sánchez a la hora que debía ir a la escuela y allí estuvo viendo cómo se componía la ermita y el altar, hasta que consideró que era hora de salir de la escuela.

La buena disciplina del establecimiento y el buen gobierno del profesor Robles, hacía que todas las tardes, al despedirse de los niños, se pasara lista, se anotaran los que faltaban y se distribuyeran en varias listas según el rumbo o barrio de su domicilio, que se entregaban a otras tantas comisiones formadas de algunos de los niños presentes y que tenían el oficio de ir casa por casa de los que faltaban a preguntar las causas de su falta. El señor Sánchez llegó a su casa a buena hora, y su tía doña María Antonia Sánchez de Güereña, que giraba en compañía del señor Sánchez una tiendita puesta con los pequeñísimos fondos que dejara don Francisco Sánchez y Robles; aquella señora, luego que vio entrar a su sobrino, que era la única persona que vivía con ella y la acompañaba en el desempeño y despacho de su diminuto comercio, lo dejó en la tienda y se fue al interior de la casa para atender sus negocios domésticos. A esa hora llegaba la comisión de la escuela a preguntar por qué Sánchez no había concurrido, y como la pregunta la hicieron al mismo señor Sánchez, se despachó con la cuchara grande, respetando sólo la verdad, y dijo: “Ustedes ven en

dónde me encuentran, y quién está ocupando en el despacho de su comercio y solo, creo que no necesito decir más”. La comisión informó favorablemente en la escuela y nadie supo lo que pasó hasta después que el mismo señor Sánchez lo refirió.

Desde la edad de cinco años, aprendió a dedicarse a trabajos fuertes de campo y en una pequeña finca que sus abuelos tenían a unos quinientos metros de Hermosillo, cultivaba alguna tierra por sí y para sí; a esa edad pasaba ya las noches a la intemperie en compañía de algún mozo, cuidando los montones de semillas que allí se cosechaban y que quedaban en el campo. A la muerte de su abuelo tuvo que quedar, en compañía de una tía, al frente y cuidado de esa finca, y andando y trabajando de día y de noche, sufriendo mucho el sol, el frío, el temor que hace temblar hasta a los adultos en el campo, solo desempeñó ese difícil deber.

Terminada su educación primaria, y no teniendo recursos bastantes para emprender la secundaria y llegar a ser sacerdote, porque era su deseo ardiente, pues la fortuna de su abuelo materno no la conoció, la de su abuelo paterno era corta y tenía cinco herederos en qué distribuirse, uno de los cuales representaban al señor y a dos hermanas suyas; la herencia que dejara su padre, muy corta también, había terminado ya con el comercio o tienda en que se invirtiera; resolvió, obligado por las circunstancias, prescindir de sus aspiraciones al estudio del clero y dedicarse al comercio; y de hecho anduvo unos meses de dependiente muy querido y muy bien (*ilegible*) en el comercio de don Francisco Ozuna. En ese tiempo fue dos veces al teatro, llevado por su principal o patrón, siendo esas las únicas ocasiones en que concurrió a semejantes lugares durante su vida, no obstante que frecuentemente deseó concurrir a ellas antes de ser clérigo.

Nos ha contado en sus ratos de desahogo, cuál fue el motivo próximo de su vocación durante sus primeros años. Entonces su familia, que era muy cristiana y piadosa, regalaba frecuentemente al señor cura grandes cantidades de conservas, cajetas, bizcochos y la mejor fruta que se daba en su finca de campo, y el señor Sánchez era el conductor de esos regalos, yendo por delante de uno o varios mozos que los llevaban; él, como muchacho goloso, deseaba tomar aquello mismo de que era portador y el único modo de llegarlo a conseguir, creyó él entonces, era ser cura, y se resolvió a serlo, y nos dice que se ha llevado un buen chasco, pues ni ha sido cura nunca, ni le agradan hoy los regalos, y los que recibe poco o nada los usa.

El año de 1854 estando el joven Sánchez de dependiente de comercio, como se ha dicho, y sin esperanzas ya de continuar su carrera literaria y eclesiástica porque no tenía recursos, y el seminario eclesiástico, único plantel en que podía realizar sus deseos, distaba de Hermosillo doscientas veinte leguas y exigía una buena pensión anual. En esas circunstancias llegó a Hermosillo el entonces joven sacerdote don Trinidad Cortez y Romero, originario de San Juan del Río, que acompañara al Ilmo. Sr. D. D. Pedro Sosa cuando fue a Culiacán de obispo de Sonora, se ordenó y fue nombrado para acompañar a la Baja California al señor Escalante, nombrado en ese año vicario del Ilmo. Sr. arzobispo de México y en el obispado diminuto o territorio denominado de la Baja California, que de hecho había quedado sujeto a la jurisdicción del jefe inmediato de la Iglesia mexicana. Ese señor Cortez trató al señor Sánchez y desde luego supo sus deseos y le prometió su realización, pero la familia del señor Sánchez era un poco

delicada con pretensiones, como todas las de su clase, y se oponían a que saliera con el padre Cortez.

El señor Escalante, que conocía bien a la familia Sánchez y a quien mucho respetaba esa misma familia, supo lo que pasaba, porque le informó de ello el padre Cortez; y como él deseaba poner un colegio en la Baja California y que el joven Sánchez fuera de los fundadores de ese colegio, fue y arregló con su familia llevárselo consigo. A principios de junio de 1854 salió el señor Sánchez de su casa acompañando al señor Escalante a la Baja California, y siendo el objeto del cariño especial del padre don Trinidad Cortez y Romero que lo atendía en todo y no lo dejaba carecer de nada.

En compañía de los dos recorrió toda la Baja California desde junio de 1854 hasta marzo de 1855, en que el señor Escalante, terminada su visita y convencido de que no podía establecer ningún colegio, lo dejó en San Antonio con el padre Cortez, nombrado cura de aquella parroquia y mineral. Durante los meses que el señor Sánchez permaneció al lado del padre Cortez, éste le llamó su mentor, porque decía que sus consejos y dirección lo sacaban de mil dificultades y peligros, le facilitaban las cosas y le hacían ligera la carga pesada que llevaba y hasta las privaciones que en aquellas tierras se estaba sujeto.

En noviembre de 1855 resolvieron el señor Escalante y el padre Cortez mandar al joven Sánchez al seminario de Sonora, recomendado al Ilmo. Sr. Sosa. El señor Escalante dio las recomendaciones y los recursos, abundantes ciertamente. El padre Cortez favoreció mucho al señor Sánchez y continuó mandándole abundantes fondos a Culiacán (antigua residencia de los obispos de Sonora y en donde tenían su seminario; hoy está allí el obispo y seminario de Sinaloa),

hasta que el Ilmo. Sr. Sosa supo que se le mandaban fondos y manifestó que no se necesitaban, estando el señor Sánchez a su lado.

El 27 de noviembre de 1855 se presentó el señor Sánchez en el obispado de Culiacán con muchas y gravísimas dudas sobre su modo de obrar en las, para él, difícilísimas circunstancias en que se encontraba. Por primera vez iba a ver un obispo, cuyo trato ignoraba e iba solo y sin recursos propios, atendido sólo a la bondad de los que lo enviaban y del Ilmo. Sr. Obispo, que no sabía si lo recibiría. Él nos cuenta, siempre alabando a Dios por su protección a los huérfanos y pobres, que antes de ir al obispado preguntó a alguno con quien se encontró, cómo era y cómo vestía el señor obispo y cómo se le trataba, y ese encuentro le sirvió de mucho, porque le dijeron el tratamiento de S. S. Ilmo. y que era un señor muy amable, alto, delgado, con un capote negro enteramente y sin más distintivo que una cruz sobre el pecho y un anillo en la mano derecha.

Al entrar al obispado vio el señor Sánchez que pasaba por enfrente del zaguán y en dirección a sus habitaciones la misma persona que le habían descrito, se fue tras de ella y se habría metido hasta dentro si un familiar no lo hubiera detenido para preguntarle su nombre y su negocio y anunciar al prelado, como lo hizo en efecto, y luego se presentó el Ilmo. Sr. Sosa, que con su acostumbrada amabilidad lo hizo sentarse, le preguntó varias cosas y lo admitió luego como su familiar, mandando que fuera recibido en la cátedra de latinidad de su seminario. El curso de latinidad en el seminario de Sonora debe hacerse en tres años, y sólo se abre cada tres años, lo mismo que el de filosofía. El señor Sánchez entraba al seminario dos meses después de haberse

abierto el último año del curso, y sólo le quedaban ocho meses para hacerlo todo, contaba con la dispensa del prelado y podía estudiar en ese tiempo todas las materias del curso o resignarse a estar cuatro años en las cátedras de latinidad. Esto último le era muy duro, tenía el favor del prelado, y acostumbrado al trabajo, en los ocho meses se puso en aptitud de pasar a filosofía, mereciendo la calificación segunda.

El en primer año de filosofía se sobrepuso a todos sus condiscípulos, excepto uno con quien compitió durante los años de ese estudio y a quien se igualó siempre en calificación, y en los actos públicos que sustentó.

En septiembre de 1856, recibió el señor Sánchez (*ilegible*) de manos del Ilmo. Sr. Sosa, quien lo había nombrado ya desde enero de ese año (dos meses después de recibirlo en su casa y familia) mayordomo de su casa, favor y confianza que le dispensó hasta que le puso él mismo la mitra de Tamaulipas.

En noviembre de 1858 fue desterrado de Culiacán el Ilmo. Sr. Sosa, acompañándolo el señor Sánchez como su mayordomo y familiar hasta enero de 1860 en que se regresaron a Culiacán. Entonces el Ilmo. Sr. Obispo, viendo que su seminario decaía ya por el efecto de la revolución, por falta de alumnos y desaliento de los que había, y queriendo a la vez que su familiar no se atrasara en sus estudios, lo puso de colegial interno.

Desde febrero hasta noviembre de 1869, el señor Sánchez estudió lo que se cursaba en tres años íntegros en las cátedras de Derecho y algo más, mereciendo ser nombrado para los actos de esa facultad. En septiembre de ese año recibió el señor Sánchez de manos de su Ilmo. prelado, desterrado y fugitivo de nuevo en la Ciudad de Álamos, las cuatro órdenes menores y el sagrado subdiaconado.

En diciembre de 1860, el Ilmo. Sr. Sosa fue exhortado por el gobierno de Silao al de Sonora para que se condujera preso y bien custodiado a Mazatlán, y a su paso por Culiacán llevó de nuevo a su lado a su mayordomo y familiar, el señor Sánchez, que lo acompañó a Mazatlán, le sirvió allí durante la prisión en un cuartel de aquel venerable y santo prelado y luego con él se embarcó desterrado para Manzanillo, Acapulco y San Francisco de California a donde llegaron a fines de enero de 1861. A los pocos días de estar en San Francisco el Ilmo. Sr. Sosa, el señor Sánchez fue enviado a seguir sus estudios en lo particular, al seminario diocesano, y el señor Sosa quedó en la casa de aquel arzobispo, que distaba una legua del seminario, en donde estuvo el señor Sánchez desde enero de 1861 hasta mayo de 1868, visitando casi diariamente a su prelado.

En ese tiempo, nos cuenta el señor Sánchez, que casi perdió su valor y se hizo cobarde, manifestándonos con eso lo terrible que es el destierro en país ajeno. Dice que él nunca se ha acobardado y que las dificultades y peligros lo hacen más fuerte; pero que durante ese tiempo y en algunos días que sin culpa de nadie tuvo hambre, él y algún otro desterrado que con él estaba, sin hablar ni entender el idioma y sin esperanzas de volver a su país, se llegó a acobardar mucho aunque a nadie se lo dijo ni lo manifestó nunca.

En diciembre de 1861 el Ilmo. Sr. Sosa confirió el diaconado al señor Sánchez y el 5 de abril de 1862 el mismo Ilmo. Sr. Sosa confirió al señor Sánchez el orden sagrado del presbiterado, en la catedral de San Francisco. El señor Sánchez nos ha dicho que en ese tiempo estaba completamente abatido, y habiendo conseguido lo que tanto deseaba, no pensaba cantar su primera misa sino rezarla cuando se lo

permitiera su prelado y el prelado diocesano; pero éste, el Ilmo. señor Alemany, arzobispo de San Francisco, quiso y dispuso que el nuevo presbítero cantara su misa solemnemente en la misma iglesia catedral el 13 de abril de ese mismo año, Domingo de Palmas, y así se hizo, asistiendo a la misa los Ilmos. señores Sora y Alemany, el señor sectoral de la iglesia de Guadalajara, Dr. don Casiano Espinosa que se encontraba también desterrado, y el clero de la catedral, siendo padrino o asistente el vicario general de aquel arzobispado presbítero don Santiago Croke.

Después de su primera misa, el presbítero don Eduardo Sánchez permaneció en el seminario diocesano de San Francisco por poco más de un mes, y habiendo acordado el Ilmo. Sr. Alemany con el Ilmo. Sr. Sosa utilizar los servicios del nuevo sacerdote, fue éste enviado en mayo de vicario parroquial de Colombia en el condado o distrito de Tuolumne, estado y diócesis de San Francisco, en donde sirvió hasta septiembre de 1864. En octubre de 1863 el Ilmo. Sr. Alemany mandó al presbítero Sánchez a visitar el pueblo o misión de Aurora en el entonces territorio de Nevada, con amplias facultades para todo lo necesario de la administración parroquial y la de permanecer por allá todo el tiempo que gustara, pero el señor Sánchez sólo duró un mes y medio en esa misión y volvió a su destino de Colombia.

Esta localidad o pueblo se formó y sostenía con los placeres de oro que allí eran abundantes; pero fueron agotándose, y ya en fines de 1864 no pudo sostener dos sacerdotes católicos y el señor Sánchez fue puesto de vicario parroquial en Sonora, que distaba cuatro leguas al poniente de Colombia y era cabecera del distrito o con-

dado de Tuolumne; allí permaneció el señor Sánchez hasta febrero de 1865 en que se volvió a México.

En este último destino, nos ha contado el señor Sánchez que trabajó mucho y le sucedieron algunas cosas raras. La parroquia tenía una extensión de cuarenta o cincuenta leguas de norte a sur, los dos sacerdotes que la atendían se dividían el trabajo de manera que un mes permanecía uno en la cabecera y el otro recorría los demás puntos de la misión.

En uno de los meses, diciembre de 1864, que tocó salir al señor Sánchez, fue a pasar Navidad a un punto o pueblo que estaba casi en la extremidad sur de la misión y que tenía una bonita iglesia de madera; el señor Sánchez como todos aquellos misioneros caminaba solo, a caballo, y llevaba consigo todo lo necesario para celebrar la santa misa y administrar los sacramentos.

Al uso de los apóstoles cuando llegaban a un pueblo, dejaban su caballo en un establo, tomaban consigo los sagrados paramentos, preguntaban por los católicos que había en el pueblo y tocaban la puerta del que primero se encontraban a su paso, pidiéndole hospedaje como sacerdote católico, que nunca se le negó; así lo hizo en esta vez y quedó perfectamente instalado en la casa de uno de aquellos católicos. Como ahí, los matrimonios mixtos y aun de católicos con infieles son frecuentes, pronto se puso el señor Sánchez en contacto con protestantes y ateos casados con muy buenas católicas y cuyas familias eran también católicas, según la ley general que la Iglesia mandada observar en esas uniones y que allí es generalmente observada.

Llegaba la gran fiesta conmemorativa del nacimiento del Hijo de Dios, y al señor Sánchez le era muy sensible

pasarla sin solemnidad, y aquella iglesia no tenía instrumento de música, ni se habían cantado jamás allí los divinos oficios. Pero el señor Sánchez no prescindió por eso de su intento, llevaba consigo un libro de canto, invitó a un francés residente en el lugar que algo entendía la nota, pidió prestado un armónico que trasladó a la iglesia, invitó a varias señoritas católicas para que fueran a ensayar, después ejecutar una misa sencilla, ellas y sus padres accedieron con la condición de que el mismo sacerdote había de ir por ellas en la tarde y las había de volver a su casa por la noche. A todo convino el señor Sánchez, que estableció así su ensayo formal de canto y armónico, constituyéndose él, maestro y director de la capilla, sin saber, dice, nada de música; y era de dar risa verlo al lado de aquellas señoritas trayéndoles y llevándolas a su casa; pero vio coronado su trabajo con el mejor éxito y la misa de la noche de Navidad perfectamente desempeñada.

La víspera de Navidad entró a la iglesia, cuya compostura, decoración e iluminación habría dispuesto y dirigía él mismo, y vio en lo más alto sobre una larga escalera a un ateo, que era esposo de una católica, fijando algunos hermosos lazos de rama verde gustosamente dispuesta; el señor Sánchez le dijo amigablemente: “¿Qué hace usted tan alto y en la iglesia católica, expuesto a caer y tal vez lastimarse o matarse en obsequio de una religión que usted no cree?, ¡ojalá Dios lo premie con la fe verdadera!” A lo que contestó aquel hombre: “Que alguna vez crea o no crea, yo no lo sé ni me importa nada; lo que quiero es servir y agradecer a usted, y creo que lo he conseguido”. El señor Sánchez le dio las gracias, expresándole de nuevo su deseo de que se hiciera católico. Una de las hijas de ese señor era de las improvisadas artistas que desempeñaban el coro por la noche.

Esa noche el señor Sánchez la pasó en la sacristía, y teniendo que predicar en la misa de medianoche, siendo nuevo en el desempeño de ese ministerio, teniendo que hacerlo en inglés y no teniendo libros en qué prepararse, buscaba algo qué leer, fuera del misal, en algún cajón que se encontraba allí, y después de revolverlo bien, encontró en su fondo muy bien guardado, un pequeño volumen que tenía por fuera el título *Meditations*. Lleno de gusto lo sacó y comenzó a hojearlo; pero con asombro y verdadero espanto encontró allí una doctrina tan nueva para el lector, tan contraria a la fe y aun a la buena filosofía, que no hallaba qué fuera aquello (al libro le faltaba la portada), era nada menos que *Las ruinas de Palmira u origen de los cultos*, de Velney; libro compuesto y estampado en las cavidades más profundas del infierno y cuya lectura se prohíbe a los mismos obispos. El señor Sánchez lo reconoció todo en dos o tres horas y le sirvió para avivar su fe y hablar con mayor énfasis y energía del nacimiento del Hijo de Dios.

A las cuatro de la mañana dijo segunda misa para dar la comunión a los fieles y luego montó a caballo para ir a decir la tercera a una congregación o pueblo, compuesto casi en su totalidad de mexicanos y que distaba a seis leguas. Lo hacía por amor a sus paisanos a quienes avisara e invitara con anticipación. Había caído en la noche bastante nieve que luego se había helado convirtiendo el suelo en un plano de cristal resbaladizo y difícil de pasar; así emprendió su viaje nuestro misionero solo, sin conocer, sino muy poco, los caminos por enmedio de inmensos pinales, la nieve había cubierto completamente los caminos y a dos leguas el señor Sánchez se encontró enteramente extraviado y con el cielo cubierto completamente de nubes; las dificultades lo anima-

ban y corriendo por entre pinales, sin alguna gente mala y sin punto que lo dirigiera encontró por fin el camino cerca de las doce y llegó a la una al punto a donde se dirigía; dijo la misa y sólo asistió a ella el buen irlandés que lo hospedó y le dio luego desayuno; ni un mexicano respondió a la invitación y sacrificios del señor Sánchez que volvió lleno de dolor al lugar de donde saliera en la mañana y en donde se encontraba casi exhausto de fuerzas a las seis de la tarde; los mexicanos, dice el señor Sánchez, siempre creen que la ilustración y el progreso consiste en olvidarse de Dios, así están ellos en los Estados Unidos, pobres y despreciados y abandonados de Dios.

En Aurora, durante la misión del señor Sánchez, nos cuenta otra cosa que llama la atención de los que no conocen el carácter del pueblo norteamericano. Llegó el señor Sánchez a Aurora un sábado a las cuatro de la tarde y aunque llevaba todo lo necesario para celebrar, debía ponerse en contacto con los católicos de aquel lugar y buscar local para decir misa y administrar los sacramentos, porque allí no había iglesia. Se hospedó en un hotel en donde tomó un cuarto, y estaba quitándose el polvo de que estaba cubierto cuando se le presentó un individuo de baja estatura, delgado, ojos muy vivos y facciones agudas y proporcionadas a su físico y dijo al señor Sánchez: “¿Usted es el padre católico? Pues se va usted a mi casa yankee (pues era un verdadero yankee el visitante)”. “¿Es usted católico?”, preguntó a su vez el señor Sánchez. “No”, contestó el yankee, “no soy católico pero mi mujer lo es y muy buena católica, buena esposa y quiero darle el gusto de que usted se hospede en su casa; yo no soy católico ni nada, mis padres fueron presbiterianos y así me educaron; pero no soy nada”. “Quizá algún día”, contestó el señor Sánchez, “será usted católico”.

“Puede ser”, dijo el yankee, “pero lo que importa es que usted vaya a mi casa”. “Gracias”, dijo el señor Sánchez, “acepto el favor de usted, pero acabo de tomar aquí habitación y estoy lleno de polvo; me asearé, arreglaré el modo de celebrar mañana, buscaré local para eso, veré si hay algún instrumento de música y alguien que lo pulse y cante, y todo en fin lo que debo para cumplir con la misión que traigo, y mañana, después de misa, me voy a la casa de usted”. “Arreglados”, dijo el yankee, “y por lo que toca a lo que usted necesita, cuenta usted con el teatro, que nos lo prestarán por el tiempo que usted quiera; habrá armónico y no faltará quien toque y cante”. Efectivamente esa tarde quedó el señor Sánchez en posesión del teatro, formó allí su altar y su capilla y al día siguiente, como en todos los festivales en que allí permaneció, ofreció con bastante solemnidad.

El domingo siguiente a su llegada, por la tarde, cayó la primera nevada de aquel invierno, tan abundante que subió media vara y tres cuartas la nieve; por la noche heló y amaneció el suelo con una gruesa cubierta de hielo. Quiso el señor Sánchez ir a celebrar al teatro; que era suyo por entonces y distaba a treinta pasos de la casa en que vivía, pero antes fue necesario retirar con pala la nieve de las puertas para poder salir; emprendió su leve marcha de treinta pasos y en ella dio otras tantas caídas, pero como a todos los que andaban en la calle les sucedió lo mismo y más bien se andaba a gatas que parado, se aplicó aquello de “juego que tiene desquite, etcétera.” Llegó al improvisado templo y ¡cuál fue su sorpresa! Vio sobre el altar un hermoso pichel blanquísimo y sin asa en el mismo lugar en el que el día anterior había quedado un gran pichel rosa y con asa, lleno de agua bendita. Se acercó y vio que el pichel estaba en el

suelo hecho añicos y el agua completamente congelada, con la forma del pichel, sobre el altar.

Se preparó para celebrar y dijo la santa misa, pero cuando fue a consagrar el vino y lo consagró efectivamente, lo vio lleno de pedazos de hielo y se apresuró a consumirlo para que no acabara de congelarse; todas las mañanas dice que tenía que mezclar agua caliente a la masa compacta y hielo que formaba el agua de su tocador para liquidarla un poco, esto sucedía en una pieza inmediata a la sala en que ardía constantemente el fuego abundante de una buena chimenea.

Resolvió salir de allí y volver a Colombia, y entonces el yankee, que tenía una linda y virtuosísima esposa y dos niñas como unos ángeles, que se habían engreído mucho con el señor Sánchez, le dijo: “Usted se irá en mi coche y se llevará a mi esposa e hijas, porque debo despacharlas a Sacramento, y no quiero fiarlas a nadie si no es a usted. La gratitud, la amistad y ambos sentimientos de humanidad exigían que se aceptara el encargo, difícil y delicadísimo y que por primera vez en su vida, se veía en la necesidad de desempeñar; pero lo aceptó y cumplió lo mejor que pudo, sirviendo y atendiendo a aquella buena y delicada señora en cuanto se le ofrecía y llevando a las niñas sobre sus muslos durante los tres o cuatro días que duró el viaje.

En febrero de 1865, resolvió volver a México y así lo acordó con el Ilmo. Sr. Sosa y con el Ilmo. Sr. Alemany, y se vino a Mazatlán, no tanto por venir a su país cuanto por ver si su prelado podía volver con alguna seguridad y garantías. Entonces el señor Sosa le ofreció una parroquia y no quiso aceptarla por la razón dicha. Vino a Mazatlán en marzo de ese año, vio allí que el llamado imperio, que

nunca desde su principio le agradara, porque un principio extranjero que había trabajado en su mismo país contra su propia patria y sus intereses por llevar adelante sus ideas mixtas de cesarismo y liberalismo, que se impusiera en el gabinete de las Tullerías y que era sostenido por tropas francesas, no podía hacer el bien de México y porque el tránsito de una república democrática liberal a un imperio era muy brusco para que los mexicanos pudieran conformarse con él y porque esa clase de instituciones no han agradado nunca al señor Sánchez, porque dice que sólo sirven para perpetuar el mal en los gobiernos, principalmente en los tiempos sin fe en que vivimos; así dice que lo escribió desde 1863 al Ilmo. Sr. Sosa que le contestó de entera conformidad: Ese llamado y desgraciado imperio en Mazatlán, como en toda la república, sólo se ocupaba de intereses mezquinos particulares o extranjeros, y nada de los del país, si no era para defenderse de las balas de los guerrilleros Corona y Martínez que por las inmediaciones de Mazatlán, no lo dejaban poner pie firme.

Viendo esto el señor Sánchez, creyó que su prelado podría volver sin que los servidores del imperio se metieran con él ni para bien ni para mal, y así lo escribió al señor Sosa y así sucedió, desembarcando este señor en Mazatlán, en mayo o junio el año de 1865; allí se reunió con su antiguo familiar y mayordomo, que viendo ocupada por el gobierno la casa episcopal y el seminario de Culiacán, deseaba que el obispo de Sonora y sus establecimientos pasaran a Sonora, y que Hermosillo fuera lo que es hoy, sede del obispo de Sonora.

Para Hermosillo marchó el señor Sánchez en compañía de su prelado en octubre de ese año, y allá permane-

cieron hasta marzo del siguiente: se halló y se iniciaron algunos trabajos sobre el colegio y obispado pro la inquietud de los espíritus por las circunstancias públicas, la oposición que Sinaloa hacía a esos trabajos y que dieron el feliz resultado de que se devolviesen al gobernador de la mitra en el seminario y obispado de Culiacán, y otras mil circunstancias hicieron que entonces nada consiguiera el señor Sánchez de lo que deseaba. En marzo vio que el desgraciado imperio de Maximiliano se derrumbaba y que el camino entre Hermosillo y Guaymas se cubría de guerrilleros y guerrillas que harían imposible la salida en breve tiempo del Ilmo. Sr. Sosa y lo expondrían tal vez a un nuevo y más grave atropello; el 5 de ese mes muy temprano el señor Sosa con su familia se metieron en la diligencia dejando su equipaje y llegando ese mismo día a Guaymas.

Hubo necesidad de ir a vivir a San José de Guaymas, que dista a tres leguas y media del puerto, ocupado entonces por fuerzas francesas, y así se hizo; pero el 12 de abril penetró una guerrilla republicana hasta San José, llamado comúnmente el Rancho de Guaymas, a eso de las dos de la tarde, y esto puso en gran peligro la seguridad personal del Ilmo. Sr. Sosa y a una dura prueba el valor del señor Sánchez; se dijo que el jefe de esa guerrilla fue penado por haberse llevado al señor Sosa, pero Dios lo libró entonces. La guerrilla mató a uno de los principales residentes de aquel pueblo, puso presos a todos los demás que de Guaymas vinieron a vivir allí, penetró en la casa del señor obispo, que esperaba en la sala con esa calma y cristiana resignación que siempre muestra en las mayores dificultades de su vida, teniendo entonces a la mano su sombrero y su breviario para marchar a la primera orden que se le diera, mientras el señor

Sánchez cuidaba la puerta de entrada, recibía y consolaba a las señoras de los presos que eran de las primeras señoras de la sociedad de Guaymas y a quienes el señor Sánchez aseguraba que nada sucedería a sus esposos; pero él dice que esperaba lleno de espanto y del mayor susto interior, que no mostraba, un atropello a su prelado; dos veces vinieron a la casa los guerrilleros preguntando por hombres y armas, y dos veces contestó sencillamente la criada que estaba en el corredor: “Aquí no hay armas ni más hombres que el señor obispo y sus padres”. Estas respuestas se daban a pocos pasos del señor Sánchez.

A las seis de la tarde el corneta guerrillero tocó a reunión, y sin saber la causa se vio que comenzaron a desaparecer a los demás guerrilleros; a pocos momentos se oyó carrera violenta de caballos herrados que entraban en la plaza diciendo insolencias, como lo hacen los soldados, en vez de invocar a Dios. Eran las fuerzas francesas que llegaban del puerto y que ya no encontraron uno solo de los guerrilleros. El señor Sosa sin esperar más, marchó al día siguiente muy temprano y a pie, acompañado de su capellán para el puerto de Guaymas, a donde llegaron a las ocho de la mañana. Dice el señor Sánchez que estaba la noche, o tarde de ese asalto, tan preocupado que cuando vio libre a su prelado y se sentaron juntos a esperar la cena, tomó un cigarro y se puso a fumarlo delante del señor Sosa, a quien sólo ha sabido venerar desde que vive a su lado y jamás se había tomado esa licencia ni la usó después hasta que fue obispo, y eso para no mortificar al señor Sosa. Entonces y después de algún rato, notó lo que estaba haciendo, que ya lo habían notado los otros familiares, tiró el cigarro y dijo al señor Sosa: “Dispéñeme, V. S. Ilma., no sé lo que hago y poco

me ha faltado para perder el juicio”. “No hay cuidado, hijo mío”, contestó el señor Sosa.

De Guaymas volvió el señor Sánchez solo, a fines de abril a recoger el equipaje que habían dejado en Hermosillo; pero apenas llegó a esta ciudad y la tomaron las fuerzas republicanas incomunicándola con Guaymas, al grado de que hasta agosto pudo el señor Sánchez volver, en medio de las balas de los guerrilleros, a reunirse con su prelado en Guaymas; lo dejó a un comisionista para que lo mandara a donde se le pidiera, cuando se pudiera, como lo hizo efectivamente después.

De Guaymas y ya vuelto de Hermosillo el señor Sánchez acompañó al señor Sosa a Mazatlán, San Blas y Guadalajara, en busca de un asilo en dónde defenderse de la lumbre que destruía al desgraciado imperio de Maximiliano y entonces sufrieron el chubasco equinoccial llamado el Cordonazo entre Guaymas y Mazatlán, habiéndose visto en grande peligro de perderse. En Guadalajara recibieron la noticia de la muerte del Ilmo. Sr. Espinosa, acaecida en México; vieron derrumbarse por completo el edificio del imperio en todo aquel estado en el mes de noviembre, en febrero de 1867 se volvieron a Sinaloa, llegando a Culiacán a fines de marzo.

El señor Sánchez ansiaba por ver a sus hermanos los sacerdotes de Culiacán y esperaba, como era natural, que su íntimo trato y confidenciales desahogos le proporcionaran la satisfacción de que por tanto tiempo había estado privado en medio de mil sufrimientos; pero desde algunas leguas antes de llegar a Culiacán, supo que todos esos sus hermanos estaban mal prevenidos contra él; decían que venía apoyado con ideas nuevas y peligrosas,

que dominaba al prelado (una injuria al Ilmo. y sapientísimo señor Sosa que jamás se había inspirado sino en su deber y en la oración) y que era preciso hacerle la guerra de todos modos. ¡Cuánto sufrió entonces! Dice él y cuán triste, qué doloroso le fue ese desengaño; lo recibieron fríamente y con mucha reserva, y su maestro de filosofía, segundo personaje de aquel clero, don Saturnino Campos, vicerrector del seminario, y a quien tiernamente amaba el señor Sánchez, le dijo: “Esa sotana que traes (era como la que hasta hoy usa el señor Sánchez, sotana romana, y no de Tololoche, como él llama a las de forma española) es rara y debes quitártela y usar lo que usamos nosotros, lo mismo que el cuello (también forma romana, lo mismo que la sotana y el cuello que usaba y usa el Ilmo. Sr. Sosa)”. El señor Sánchez contestó de conformidad y mandó hacerse otra sotana y varios cuellos romanos, cosa que disgustó más a sus hermanos que si hubieran podido lo declaran fuera de la iglesia.

El señor Sánchez dice que él siempre ha deseado que las iglesias particulares se uniformen en todo con la Romana, aún en sus pormenores más pequeños, pero que esa vez no sólo lo movió a obrar esta idea, sino el sentimiento de que estaba poseído por el mal recibimiento que le hicieron sus hermanos. Esta conducta del señor Sánchez de no retroceder cuando cree que obra bien y está en su derecho, aunque se interpongan obstáculos de toda magnitud y clase, se califica generalmente como suma dureza y notable imprudencia. Ese es su modo y su carácter y cada cual puede calificarlo como le parezca. En la ocasión a que nos referimos dijo al Ilmo. Sr. Sosa:

—Ya tengo el gusto que V. S. Ilma. esté en su casa con

alguna tranquilidad y entre su propio clero; y le suplico que me despache fuera de esta ciudad a administrar en alguna parroquia.

—¿Por qué quieres irte?, preguntó el prelado.

—Porque creo que aquí sólo serviré de obstáculo al bien y de causa de disgusto a V. S. Ilma., contestó el señor Sánchez, que dice se le despedazaba el alma de pensar siquiera que se separaba del señor Sosa.

—¿Por qué dices esto?, replicó el señor Sosa.

—Porque estos señores —contestó el señor Sánchez—, no están contentos conmigo y hasta me tienen desconfianza.

—No —dijo el señor Sosa—, no hay que pensar en irse ni te fijes en esos disgustos y desconfianza, yo he sufrido lo mismo en circunstancias análogas; te quedas a mi lado de prosecretario de la mitra. (No había secretario, ni lo tuvo después el señor Sosa, siendo el señor Sánchez quien desempeñaba su cargo).

El señor Sánchez se resignó, nunca había pedido nada y siempre había obedecido; obedeció esta vez, y los demás tuvieron también que resignarse, aunque le dieron, dice el señor Sánchez, buena guerra.

A fines de ese año fue nombrado catedrático de francés en aquel seminario y desempeñó el cargo hasta que se separó de Culiacán para venirse a Guadalajara.

En agosto de 1868 un número de *El Globo*, periódico que entonces se publicaba en México, llevó a Culiacán la noticia de que el Ilmo. Sr. doctor don Pedro Sosa, dignísimo obispo entonces de Sonora, había sido trasladado el 22 de junio de ese año a la silla metropolitana vacante de Guadalajara. El periódico lo llevó al obispado la persona que lo recibiera y lo mostró al señor Sosa, cuando el señor Sánchez

estaba en el seminario dando su cátedra o celando alguna hora de estudio, que en aquel seminario esta atribución es turno de los catedráticos; cuando llegó al obispado, algún familiar le refirió lo que había oído del que llevara el periódico y luego el señor Sánchez fue a preguntar al señor Sosa, quien le contestó: “El Globo trae esa noticia, pero no hay razón para creerla exacta, pues bien sabes que el cabildo de Guadalajara ha mandado su terna a Roma, compuesta por personas dignísimas, y no hay motivos para que esa terna se deseche”. “Bien”, contestó el señor Sánchez, “será o no será exacta la noticia pero si V. S. Ilma. es nombrado arzobispo, no debe renunciar, y yo me voy con V. S. Ilma. a donde vaya, si me lleva, y si no me lleva, también me voy”. “No hay que pensar en nada de eso”, contestó el Sr. Sosa, “porque creo que nada de lo que en ese respecto se dice es cierto; pero si yo tuviere que ir a otra parte, te llevaré conmigo”.

El señor Sánchez dice que deseaba salir de Culiacán porque aquel clero lo continuaba viendo con desconfianza, y como amigo de novedades peligrosas y que además deseaba ver satisfecha la única ambición que siempre había tenido y fomentado, de terminar su carrera literaria con la consecución de grados académicos; que para él no había título ni tratamiento más envidiable que el de doctor y fuera de que no le había sido ya fácil vivir separado del señor Sosa, veía casi realizados sus deseos de graduarse.

A principios de ese año había llegado al Ilmo. Sr. Sosa, la bula convocatoria al concilio general del Vaticano; y en vista de que la diócesis de Sonora no tiene elementos bastantes ni para sostener al obispo, se había resuelto excusarse con la Santa Sede y emprender la se-

gunda visita de la diócesis que efectivamente preparaba el Ilmo. Sr. Sosa, siempre en compañía de su capellán, familiar, mayordomo y prosecretario.

En agosto o septiembre de ese año y pocos días después de la noticia de El Globo, recibió el señor Sánchez la carta oficial de Roma en que se le avisaba al señor Sosa su traslación a Guadalajara. S. S. Ilma. se afectó tanto que cayó gravemente enfermo, pero aceptó la penosa carga que se le enviaba y en diciembre de ese año marchó en compañía del señor Sánchez a tomar posesión de su nueva silla.

Apenas llegados a Guadalajara, el señor Sánchez dispuso, por orden del señor Sosa, su viaje a Roma por haber manifestado el Santo Padre el deseo de que al menos los metropolitanos de México y algunos de sus sufragáneos concurrieran al concilio, y en agosto de 1869 salieron para la Ciudad Eterna a donde llegaron a mediados de octubre. Allá quiso graduarse el señor Sánchez, pero el tiempo era incierto y corto, pronta y cierta la vuelta a México y muchos los negocios a que debía atender, pues tenía que hacerlo todo en virtud de que el doctor don Germán Villalvaso, canónigo penitenciario de Guadalajara y que era la otra persona que acompañaba al señor Sosa, había sido nombrado electo y consagrado obispo de obispos un mes después de su llegada a Roma.

Ocupada la Ciudad Santa por las tropas italianas el 20 de septiembre de 1870 y concedida a los obispos la licencia de volver a sus diócesis, el Ilmo. Sr. Sosa en compañía del señor Sánchez, volvió a Guadalajara, y al llegar a Querétaro, el señor Sánchez se encontró con el nombramiento que en su persona hacía el gobierno eclesiástico de Guadalajara, de Oficial Mayor del Arzobispado,

en recompensa de los importantes servicios prestados al prelado diocesano; el señor Sánchez dio las gracias por ese nombramiento pero no lo aceptó diciendo que quería dedicarse al estudio.

Llegaron a Guadalajara a fines de enero de 1871, y el señor Sánchez emprendió o reasumió luego sus estudios de jurisprudencia bajo el magisterio del profesor de esa facultad en el seminario, para poder aprovecharse de los grados concedidos a aquel establecimiento y casi a la vez el rector del seminario suplicó al señor Sosa que el señor Sánchez se encargara de la cátedra de Inglés en aquel establecimiento y del Templo de la Soledad que le está unido, ambas cosas se le encargaron al señor Sánchez.

En noviembre de 1872, llegó por fin el señor Sánchez a conseguir lo que tanto deseaba: la licenciatura y borla en Derecho Canónico, siendo aprobado unánimemente por aquel claustro en los actos públicos y noche triste que sostuvo y dice el señor Sánchez que el día que se puso la borla fue el día para él más feliz de su vida; pero que poco después pudo decir lo contrario de lo que de la sabiduría decía Salomón: “Venerunt un tuom nia mala pariter eum illo”, porque apenas se graduó y a principios de diciembre se le dio el nombramiento de Oficial Mayor Sustituto de la Secretaría del Arzobispado, porque el oficial mayor y el prosecretario salían con el prelado a la Visita del Sur.

En enero de 1873, se le dio la capellanía mayor de Capuchinas y por ese mismo tiempo recibió la dirección de Hijas de María, la Secretaría de la Junta Revisora y Censora de Conferencias Parroquiales, fue nombrado miembro de la Junta Directiva de Instrucción Primaria Parroquial y Tesorero de la Cofradía de San Juan Nepomuceno.

Vuelto el Ilmo. Sr. Sosa de su Visita del Sur, el V. Cabildo nombró al señor Sánchez su secretario y en 1875 fue nombrado Promotor Fiscal del Arzobispado; en 1876 se le dieron las cátedras de Jurisprudencia Canónica, Derecho Natural y Romano del Seminario de Guadalajara. Con todo este quehacer el Sr. Sánchez atendía al confesionario de personas particulares, al de varias religiosas de todos los conventos de aquella ciudad, a la predicación de la doctrina y ejercicios piadosos y el púlpito de catedral en que desempeñaba tandas de sermones en Adviento y Cuaresma, y panegíricos en el año.

Esto y la noticia de su promoción a Tamaulipas en febrero 27 de 1880, disminuyeron su salud con la pena de tener que separarse del Ilmo. Sosa a quien había acompañado 25 años, sólo después de algún tiempo y con el trabajo continuo de su nuevo y difícil cargo se alivió; fue consagrado el 29 de junio de 1880 por el Ilmo. Sr. Sosa en la Catedral de Guadalajara, y tomó posesión de su diócesis el 3 de diciembre del mismo año, y dice frecuentemente que mientras Dios Nuestro Señor le pague tan mal como lo ha hecho hasta aquí, está conforme y contento porque su salvación es segura.

En Tamaulipas ha ordenado ya veinticinco sacerdotes, ha provisto de clero a las parroquias y diócesis que antes carecían de él, ha adquirido una buena finca para su seminario que allí abrió, le dio estatutos y en tres años que existió dio excelentes sacerdotes formados allí de estudiantes jaliscienses; ha celebrado dos sínodos que corren impresos, ha reparado varias iglesias y no descansa por atender a la mejora de su diócesis, de la que dice que aunque es esposa pobre y fea, pero que no es pretenciosa, que está muy contento con ella y que no desea dejarla.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN | 11

APUNTES SOBRE LA VIDA
DEL OBISPO REBELDE DE TAMAULIPAS | 15

Apuntes sobre la vida del obispo rebelde de Tamaulipas
Eduardo Sánchez Camacho

Este libro se terminó de imprimir en noviembre de 2013,
se utilizó la fuente Adobe Caslon Pro.

Se utilizó papel cultural.
Su tiraje fue de 1000 ejemplares.



Tamaulipas
GOBIERNO DEL ESTADO

 **CONACULTA**



INSTITUTO TAMAUPECO
PARA LA CULTURA Y LAS ARTES



MUSEO
REGIONAL
DE
TAMAULIPAS



Tamaulipas
ESTADO FUERTE PARA TODOS